

Las lágrimas encerradas

Seudónimo: Amor vincit omnia

*“...está en tus manos sustraerte a la gente y alzarte
hasta la cumbre de la felicidad humana”*

Séneca

Aún estaba a tiempo. Aún deseaba agarrar esa oportunidad que tantas veces dejé escapar, sí, mis dos hijos se habían independizado - de alquiler y con un trabajo de esos precarios, a media jornada, quizá no tardarían en retornar al hogar familiar-, y ahora tenía más tiempo para mí, aunque todavía debiera ocuparme de las tareas domésticas. Es cierto que mi marido siempre me ha ayudado en estas labores. Alfredo es el que siempre hace las compras, el que prepara las comidas, el que asume el mantenimiento del apartamento, las chapuzas de fontanería, carpintería y electricidad, aunque esa maña innata que le caracteriza haya obtenido éxitos dispares. Aún recuerdo cuando quiso colgar un cuadro en la pared y perforó con la broca la tubería de agua corriente del baño. Lo puso todo perdido, tuvimos que cortar la llave general y sobrevivir un par de días sin agua, hasta que los del seguro se hicieron cargo.

Desde que me casé con Alfredo siempre he echado de menos el formarme, en aventurarme a cursar una carrera universitaria, no sé, siempre me ha apasionado la historia, el arte, la disparidad de culturas que desde hace milenios han medrado por tierras y océanos, modificando esas tierras en su provecho, descubriendo los extremos de esas tierras, de esos océanos. El otro día se lo comenté a Toñi, la compañera con la que voy a pasear todas las

tardes, por lo del colesterol y la tensión. Toñi, le dije, creo que debería matricularme en ese curso de acceso que hay en la Universidad a Distancia para personas que tienen ya una cierta edad. Ella sonrió como si estuviera loca y, la verdad, no hizo ningún comentario sobre ese tema en todo el recorrido. La verdad es que me desanimó un poco ese silencio que parecía gritarme que no era más que una tonta con ensoñaciones de adolescente, su escepticismo, como si no estuviera en mis cabales, como si pensara, a dónde va esta maruja con la edad que tiene, qué se habrá creído, como si cumpliera ahora treinta años... Ten amigas para esto.

Pero Alfredo, que conocía esa debilidad mía por los avatares humanos durante la Edad del Cobre y del Hierro, por esos destellos que acostumbraban a apagarse de súbito durante la Edad Media y por las pasiones que desde siempre han almidonado la Historia del Arte, consiguió que me decidiera. Quería ser algo más que la madre de, que la esposa de, algo más que aquella señora que vivía en un cuarto sin ascensor y que se pasaba el día dejando su casa como una patena mientras su vida, tras haber criado a dos hijos, se consumía dentro de cuatro paredes y una pequeña ventana con vistas a los tejados macilentos del vecindario.

No fue fácil. Es más, a menudo tuve el convencimiento de que no lo conseguiría y que me estaba empeñando en una empresa que jamás podría finalizar. Alfredo fue mi gran ayuda, el mástil que sostuvo las velas desgarradas de mi voluntad, la jácena que soportó ese entramado mío cosido de dudas y debilidades. Y así, año tras año, comencé a aprobar asignaturas, Prehistoria, Historia Antigua, Moderna, Contemporánea... Y esos conocimientos inéditos trasminaron mi vida, y la enjaezaron de criterio, y de temperamento, y de

objetividad. Y cuando contemplaba la iglesia de mi pueblo, no sólo veía una cetrina mole levantada con un rimero de piedras más o menos escuadradas, sino que valoraba las decisiones de los monarcas y de las jerarquías eclesiásticas de la época, las donaciones de los nobles, el esfuerzo y la imaginación de obreros, carpinteros, canteros y maestros, el significado de los arcos apuntados en la puerta del mediodía, por qué el renacimiento apuntaló frontones y hornacinas en la puerta umbría, por qué las bóvedas del gótico aligeraron el grosor de los muros conjugando los arcos ojivales, las nervaduras y los arbotantes, por qué el retablo del altar mayor se talló en madera dorada y estofada siguiendo la abigarradas tendencias del barroco, por qué el ábside se orientó para recibir la primera luz del alba...

Cuando conseguí la graduación en Geografía e Historia, lo primero que hice fue abrazar a mi marido y abrazar a mis hijos. Después lloré. Lo hice en soledad, encerrada en el cuarto de baño, como una niña que solloza tras una reprimenda. Luego llegaron las decisiones, ya lo tenía pensado, reformaríamos un local que heredamos del padre de Alfredo para alumbrar una academia. Una academia de formación para estudiantes de secundaria. Para estudiantes y para cualquiera que deseara remojarse en esa alberca de agua clara que es el conocimiento. A pesar de que esta maldita crisis económica hace años que esparce las dentelladas del paro sobre las familias de la localidad, me armé de coraje y determinación. Tuve que contratar a un par de profesores para complementar la oferta en matemáticas, física y química e idiomas, pero hasta el momento todo parece marchar bien. Sé que todo saldrá bien. Por cierto, acaba de matricularse una nueva persona. Es una mujer. Es mi amiga. Mi amiga Toñi.